



# JUNGVOLK

LA HISTORIA DEL NIÑO QUE DEFENDIÓ EL TERCER REICH

WILHELM R. GEHLEN  
DON A. GREGORY

# Jungvolk

La historia del niño que defendió el Tercer Reich



# Jungvolk

La historia del niño que defendió  
el Tercer Reich

Wilhelm R. Gehlen y Don A. Gregory

Traducción de  
Camila Batlles

TEMPUS

Título original: *Jungvolk - The story of a boy defending Hitler's Third Reich*  
© 2008 Wilhelm R. Gehlen y Don A. Gregory  
Primera edición: mayo del 2009

© de la traducción: Camila Batlles  
© de esta edición: Libros del Atril S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona  
info@tempuseditorial.com  
www.tempuseditorial.com

Impreso por Brosmac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92567-10-2  
Depósito Legal: M. 14.601-2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## Sumario

Prefacio .....	9
Capítulo 1. Hogar, familia y Herr Meyer .....	13
Capítulo 2. Todo el mundo trabaja .....	18
Capítulo 3. Bombardeos y cañones antiaéreos de 88 mm	25
Capítulo 4. Los 88 en acción .....	32
Capítulo 5. La visita a casa de mi padre .....	39
Capítulo 6. A Inglaterra .....	56
Capítulo 7. La misión de mi padre .....	75
Capítulo 8. Krefeld .....	85
Capítulo 9. La Jungvolk construye un búnker .....	121
Capítulo 10. Gigante .....	134
Capítulo 11. Mensajero de las baterías de 20 mm .....	142
Capítulo 12. El atacante se convierte en el atacado .....	162
Capítulo 13. La Cigüeña .....	185
Capítulo 14. Nuevas armas, nuevas esperanzas .....	194
Capítulo 15. Un viaje y los americanos .....	206
Capítulo 16. El día de San Nicolás de 1944 .....	235
Capítulo 17. Una historia de Navidad .....	262
Capítulo 18. Nuestra última bala .....	288
Capítulo 19. El fin de la guerra para nosotros .....	342
Capítulo 20. El Día de la Victoria en Europa y el regreso de mi padre .....	381
Epílogo .....	407

## Prefacio

**E**ste libro fue escrito más de cincuenta años después de que los hechos descritos en el mismo ocurrieran; por tanto, ruego al lector que me disculpe si, en algunos casos, he confundido las fechas o los lugares al cabo de tanto tiempo. Asimismo, he cambiado deliberadamente los nombres de algunas personas, unidades y lugares para proteger la intimidad de quienes siguen viviendo entre nosotros.

Este libro describe mi vida de niño como miembro de la Deutsches Jungvolk (Juventud Alemana) y la Hitlerjugend, Bann 39 (HJ; Juventudes Hitlerianas, regimiento 39), basado en Dusseldorf, durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. La Jungvolk era una sección de las Juventudes Hitlerianas para varones de entre diez y catorce años. Mi historia no debe ser considerada una exaltación del nacionalsocialismo. He evitado, en la medida de lo posible, descripciones de hechos repugnantes o atroces que lamentablemente abundan en publicaciones sobre la guerra.

Al lector le puede parecer un tanto asombroso e increíble que los nazis pidieran a niños que contribuyeran en el llamado «Führer, Volk und Vaterland», y trabajar para conseguir una victoria definitiva para Alemania, pero eso es precisamente lo que ocurrió. Nuestras lecciones en la escuela, aparte de un currículo básico, giraban en torno a la identificación de aviones (amigos y enemigos), recoger chatarra, coger hierbas, desfiles e inspecciones, hacer de mensajeros y adquirir conocimientos sobre las unidades de artillería antiaérea ligera (AA). Incluso la tarea de recoger escarabajos de la patata en cultivos de patata

era considerada un «trabajo para la victoria». En esa época, los miembros de las Juventudes Hitlerianas se pasaban todo el verano en los campos, y cabe deducir que la erradicación de esa plaga en Alemania se debe principalmente a los esfuerzos de los niños y las niñas escolares que se dedicaron a recoger esos insectos hasta 1948. Hoy en día no existe el escarabajo de la patata en Alemania.

En 1943 yo tenía diez años, y a los diez años los miembros de la Jungvolk sabíamos cómo cambiar el cañón de un arma de 20 mm. Colocábamos las cargas y hacíamos de mensajeros, a menudo bajo el fuego de cazabombarderos, entre los emplazamientos de artillería y el cuartel general, cuando las comunicaciones telefónicas habían sido destruidas a cañonazos. Cualquier miembro de las Juventudes Hitlerianas sabía identificar el sonido de un P-38 o un Typhoon cuando se dirigía hacia él con los cañones disparando sin cesar. Sabía adónde ir para refugiarse en la trinchera más cercana. Permanecía impertérrito bajo la luz de la artillería antiaérea, entregando la munición al cargador, en medio del fragor de la contienda. Era una guerra total, en la que todo el mundo estaba involucrado, especialmente después de los desembarcos en Normandía, porque desde esa fecha Alemania libraba una guerra en dos frentes.

A los ojos de nuestros padres, seguíamos siendo niños; a los ojos de Hitler, éramos un oportuno sustituto del personal antiaéreo enviado al frente para compensar las terribles pérdidas sufridas en Stalingrado. Cabe afirmar, sin temor a equivocarnos, que las Hitlerjugend sufrieron proporcionalmente tantas bajas debido a los ataques de los cazabombarderos como cualquier otra división de la Wehrmacht. La organización de las Juventudes Hitlerianas era el segundo grupo paramilitar más antiguo en el Tercer Reich, fundado un año después del Sturmabteilung (SA), o Tropas de Asalto, la organización paramilitar del Partido Nazi en Alemania. La Jungvolk o las Juventudes Hitlerianas también excavaban miles de campos de fútbol para ser utilizados como huertos. Excavaban trampas de tanques, y no con equipo pesado, sino con un pico y una pala, llevando a cabo la mayoría de esos trabajos bajo la constante amenaza de ataques de los cazabombarderos.

Al redactar estas memorias no he consultado ningún libro

de referencia, sino que he escrito lo que recordaba. Deseo expresar mi profunda gratitud a mi esposa Barbara, que me animó a escribir este libro, y a Beverly Niekerk por pasar a máquina el primer borrador de mis notas. Asimismo, quisiera dar las gracias a Craig Gottlieb y a Vera Crist por la reproducción de una medalla Kreisseiger de su colección que figura en la portada del libro.

Por último, dedico este libro a los soldados de la Segunda Guerra Mundial, y a sus amigos y parientes, tanto aliados como pertenecientes al Eje, que perdieron la vida en el cumplimiento de su deber. ¡No os olvidaremos!

WRG  
TELFORD, TENNESSEE  
2008

Conocí a Will Gehlen hace unos tres años y poco después empecé a alentarle a relatar su historia para que otros pudieran comprender la situación de los chicos jóvenes que crecían en la Alemania nazi, tal como la experimentó alguien que estuvo presente. Al cabo de un tiempo Will llegó a conocerme lo suficientemente bien para reconocer que había escrito algunas de las cosas que recordar de esa época, y que le gustaría ver su historia publicada en un libro. Puesto que soy un profesor universitario con una actitud muy parecida a la de Len, el hermano de Will, a quien él no tardará en conocer, comprendí que estaba capacitado para escribir este libro en el plazo de pocos meses. Al cabo de más de dos años, lo terminé. No sé quién se alegró más, si Will o yo.

Will tenía efectivamente unas notas que habían sido pasadas a máquina, pero que era preciso escanear página por página e interpretarlas. Comprendí que mi tarea comportaba más que echar una mano con el *hardware* y el *software* modernos. Quería convertir las notas de Will en un libro que resultara legible e informativo, tan riguroso como Will y yo lográsemos que fuera, y quizás incluso ameno. Por suerte para mí, Will es un conversador fascinante que siempre estaba dispuesto a volver a relatar un episodio que no había sido fielmente plasma-

do; de modo que una parte de este libro consiste en mi interpretación y redacción de las notas de Will, y la información que obtuve a través de múltiples entrevistas y correspondencia.

Will tiene un excelente conocimiento del inglés, pero lo aprendió escuchando el inglés de las personas que le rodeaban, que en algunas ocasiones no eran los maestros idóneos. Por ese motivo, algunas de las notas requerían una reinterpretación, cosa que he hecho procurando al mismo tiempo conservar el espíritu de las notas y lo que Will me contó intacto. Buena parte de este libro fue escrito como una conversación porque así es como Will recordaba los hechos. He disfrutado mucho comunicándome con Will durante la preparación de este libro, aunque en ocasiones me resultaba difícil explicarle por qué tenía tantas dificultades con la simple tarea que le había dicho que podía llevar a cabo rápida y fácilmente. Deseo agradecer la ayuda de Sean Anderson y Kira Patty por haber solventado algunos de los problemas de escaneado y formateado que yo era incapaz de resolver.

Es posible que el lector no reconozca el nombre, Wilhelm Gehlen, pero seguro que conoce el nombre del primo de su padre, al que Will llamaba tío, Reinhard Gehlen, más conocido por ser el jefe de la Organización Gehlen y el verdadero padre de la CIA americana.

DAG  
HUNTSVILLE, ALABAMA  
2008

## Capítulo 1

### Hogar, familia y Herr Meyer

Con frecuencia me han preguntado qué suponía vivir y crecer en el Tercer Reich bajo el mando del NSDAP (el Nacional-socialismo o Partido Nazi) y Adolf Hitler, y experimentar una guerra devastadora de destrucción, no sólo de la Wehrmacht (las fuerzas armadas) sino de la población civil. Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial fueron en cierto modo tan terribles como la propia guerra. La búsqueda constante de algo que comer, el tratar de mantenernos abrigados en los fríos inviernos de 1945-1946 y la reconstrucción de nuestras casas y vidas forma una parte tan importante de la historia como la misma guerra. Con todo, para un chico de mi edad, la guerra constituía en gran medida una aventura, aunque una aventura interrumpida a menudo por las realidades de lo que ocurría a nuestro alrededor y las pérdidas que experimentamos.

Nacido en el año del ascenso de Hitler al poder (1933), no recuerdo nada de los primeros años del Partido o el efecto que tuvo sobre mi familia. Yo era demasiado joven, y lo que sé ahora de ello, lo aprendí de mis padres y mi hermano, Len. Mi hermano Len era un hitleriano de pro hasta la médula, que me acompañará en este libro hasta el final.

Vivíamos cerca de lo que en aquel entonces era una pequeña población en Renania llamada Mönchengladbach, a menudo llamada simplemente M-G, situada a unos veinte kilómetros de la frontera holandesa, de modo que las primeras fases de la guerra en 1939 apenas nos afectaron. No fue hasta abril de 1940 cuando comprendimos que la guerra había llegado a nuestra zona. Ocurrió durante una noche de abril normal y co-

riente. Como de costumbre, algunos aviones volaban sobre nuestra población. Pero no le dimos importancia, pues Hermann Göring nos había asegurado repetidas veces en sus discursos que ningún avión enemigo penetraría en nuestro espacio aéreo. De modo que no nos preocupamos. Pero esa noche oímos a lo lejos, al sur de la ciudad, unas violentas detonaciones. Cuando saltamos todos de la cama y salimos corriendo a la calle para ver qué ocurría, todo volvió a quedar en calma y sólo se oía el ruido de los aviones que se alejaban surcando el cielo nocturno.

—Probablemente se trata de una bomba perdida lanzada por uno de nuestros aviones —comentó mi hermano Len—. No hemos oído ninguna sirena de advertencia, por lo que debe de ser nuestra. Además, los ingleses no se atreverían a volar sobre el Reich —añadió.

Mi hermano Len lo sabe todo y tiene razón, pensé, y todos nos acostamos de nuevo. A la mañana siguiente unos amigos y vecinos nos dijeron que habían caído dos bombas sobre una granja a unos cinco kilómetros al sur de donde vivíamos, y unas fuentes dignas de toda confianza dijeron que no habían sido lanzadas por nuestros aviones. Pues si no son nuestras, deben de haber sido lanzadas por los ingleses, pensé. De modo que mi hermano Len y yo nos encaminamos hacia la granja para contemplar el destrozo de primera mano. Lo cierto es que nos llevamos una decepción. Sólo el establo había quedado destruido. No había mucho que ver, pero toda la población acudió para contemplar el siniestro.

Oímos comentar a un curioso:

—Herr Meyer tiene la culpa de esto.

—¿Herr Meyer? —preguntó alguien.

—Hermann Göring —respondió el curioso—. El año pasado dijo que si un avión enemigo lograba volar sobre el Reich podíamos llamarlo Meyer.

Tras una hora de infructuosa búsqueda de *souvenirs*, regresamos a casa andando. A mi hermano Len le preocupaba que esos aviones fueran ingleses.

—Deberían hacer algo al respecto. Se lo comentaré a mi jefe de las Juventudes Hitlerianas —dijo.

Len había sido un orgulloso miembro de esa institución desde 1938 e iba a ser ascendido a jefe de grupo.

En aquel entonces mi padre se hallaba en Polonia con la Wehrmacht. Cuando estalló la guerra mi padre era conductor de uno de esos tranvías eléctricos con unos cables en su parte superior. Siempre había sido el conductor del tranvía número 10 que circulaba desde la ciudad de Süchteln hasta Lurrip, una distancia de unos veinticinco kilómetros. Mi padre tenía 38 años cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Hitler llamó a todos los hombres de entre 18 y 45 años para que fueran al frente, y mi padre se incorporó a la Wehrmacht y fue asignado a un tanque destructor (TD) en un batallón Sturmgeschütz de la División 39 de Infantería. Supongo que el hecho de haber conducido un tranvía persuadió a la Wehrmacht de que sería un buen conductor de tanque destructor de 26 toneladas. Mi padre seguramente observaría que existían grandes diferencias entre un tranvía y un tanque destructor, pero la Wehrmacht no le hizo caso. Todos debían hacer lo que les ordenaban, sin protestar. A fin de cuentas, estábamos en guerra.

Vivíamos en una casa modesta que era propiedad de lo que llamábamos «la fábrica de comida», una planta de preparación y envasado de alimentos ubicada al otro lado de la calle. Vivíamos con mi abuelo Willem y mi tía Carol, cuyo marido había desaparecido en combate en Polonia. Carol era hermana de mi padre y no tenía hijos, por lo que mi madre la había acogido en casa para consolarla y ofrecerle nuestra compañía. El abuelo Willem, el padre de mi padre, había residido en la casa desde que había sido construida en 1909. Había ayudado al señor Kersken (no es su nombre auténtico) a construir la fábrica de comida, y aunque en la actualidad empleaban a mucha gente y se había convertido en una gigantesca empresa con sucursales en muchas poblaciones, el señor Kersken y el abuelo Willem seguían siendo muy amigos.

El padre de mi madre, el abuelo Zander, era de una pequeña población en el norte de Luxemburgo situada en las Ardenas, y había venido a Alemania a mediados de los años veinte en busca de trabajo. Era tallador de herramientas y no tardó en encontrar un trabajo que le reportaba un buen sueldo en una importante fábrica de camiones en Núremberg. No obstante, el dinero no valía mucho en aquellos días en Alemania, debido a la fuerte inflación. Me contaron que un día una barra de pan te

costaba tres millones de marcos, y al siguiente sólo podías comprar un sello de correos por ese dinero. Cada población y cada ciudad disponían de una prensa para imprimir dinero y la gente encendía el fuego en sus casas con los billetes. Mi madre se casó con mi padre en 1928 y en 1929 nació mi hermano Len. Mi padre tuvo suerte durante la depresión, cuando había seis millones de personas que no tenían empleo ni sueldo. Los tranvías seguían funcionando, pues la gente tenía que desplazarse de un lugar a otro, y en aquellos días había pocos coches.

El abuelo Willem (el padre de mi padre) era un sencillito albañil y operario que asfaltaba carreteras, aparte de desempeñar otros oficios. A mediados de los años veinte incluso recorría la ciudad empujando un carrito en el que vendía arenques en un barril. Cada doscientos metros se detenía para ensalzar las virtudes de sus arenques a los clientes en ciernes que le observaban con curiosidad. Entre otros empleos, trabajó de capataz de los obreros que construyeron la fábrica del señor Kersken. Les llevó a ambos dos años y gran cantidad de sudor y dinero inservible construir la fábrica, y el abuelo Willem siguió al servicio del señor Kersken hasta que murió.

El abuelo Willem había sido un soldado en la Gran Guerra de 1914-1918. Había servido en un regimiento de fusileros en Westfalia al mando del general Von Zwehl y había combatido en Chemin des Dames y Verdún. Su regimiento se había distinguido por haber capturado el importante Bois de Caures y la población de Besonvaux el 21 de febrero de 1916. El 11 de noviembre de 1918, mi abuelo regresó a casa a pie desde el río Sambre en Bélgica, una distancia de treinta kilómetros. Después de la Primera Guerra Mundial, mi abuelo lucía sus cuatro medallas cada domingo. Su padre, mi bisabuelo, también había luchado contra los franceses, y en 1871 se hallaba en Sedán cuando Napoleón III se rindió. Era natural que mi padre también fuera soldado, pero a partir de la Primera Guerra Mundial la Reichswehr quedó reducida a 100.000 hombres en virtud del Tratado de Versalles, y otros hombres con más méritos que mi padre hacían cola para incorporarse a esa formación. Por lo demás, era difícil encontrar buenos conductores de tranvías.

A principios de los años treinta, el NSDAP se convirtió en una fuerza muy influyente, pero nuestra familia no participó

nunca en las refriegas callejeras que se producían a diario entre comunistas, nazis y otros partidos menores. Que yo recuerde, ni mi abuelo Willem ni mis padres votaron nunca, ni siquiera después de la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania pasó a ser una república federal. El abuelo Willem era monárquico. Habría estado más que dispuesto a apoyar a un nuevo káiser, o rey. El partido nazi le disgustaba. Le encantaba hablar de Hindenburg, Ludendorff y el káiser Guillermo, recalcando que habían sido unos magníficos soldados y estadistas. Siempre decía que Alemania había perdido la Gran Guerra debido a los incompetentes austro-húngaros, y que ahora Alemania tenía un cabo austríaco como jefe de gobierno.

La triste realidad es que durante la depresión, seis millones de parados deambulaban por las calles de Alemania, y la gente estaba dispuesta a votar a quienquiera que consideraban capaz de mejorar su situación. Así fue como Hitler y su Partido Nazi se hicieron con el poder. Se ha escrito mucho sobre las intrigas, las luchas intestinas de poder, los asesinatos y otros hechos que propiciaron el nombramiento de Hitler como canciller del Tercer Reich. Pero una cosa es evidente: Hitler ascendió al poder en medio de una depresión. Heredó de Hindenburg seis millones de parados y una orilla izquierda del Rin ocupada, un legado de la Gran Guerra. Posteriormente, en 1933, fue elegido Führer del Tercer Reich. De golpe, en 1935, de la noche a la mañana, todo el mundo tenía un empleo, y no se trataba de trabajos forzados, aunque en 1939 hubo obreros esclavos.

Hitler se propuso restituir la grandeza de Alemania y convertirla en una nación próspera. A tal fin, aprobó la creación y construcción del Volkswagen, o primer «escarabajo», un diseño que apenas cambió durante medio siglo. Hitler quería un coche que los alemanes pudieran comprar. Asimismo, sabía que para enderezar al país necesitaba un buen sistema de carreteras. A mediados de los años treinta, el sistema de carreteras era tan deficiente como diez años antes, durante la República de Weimar. No había dinero para pagar a empresas privadas para que subsanaran la situación. Ese pequeño detalle no preocupaba a Hitler. Contaba con algo más valioso que el dinero. Contaba con los corazones y las mentes de la gente.